

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

Rector, Ing. Gregorio Farías Longoria

Secretario General, Ing. Lorenzo Vela Peña

ESCUELA PREPARATORIA No. 1

Director, Lic. Ernesto Carrillo Camarena

Subdirector, Profr. Alfonso Rangel Rodríguez

Tesorero, Ing. Felipe Humberto Tehuiztítl Hernández

Secretarios Administrativos: Ing. Everardo Tamez de León

Lic. Hermilo Salazar Suárez

Secretarios Académicos Lic. Max O. Garza Valle

Ing. Juan José Martínez M.

Jefe del Depto. Escolar y de Archivo, Lic. Patricia Rocío Vargas A.

Jefe del Departamento Editorial,

Lic. Horacio Salazar Ortiz.

Primera edición, 1985

Tiro: 1,000 ejemplares

UN SOÑADOR PROFESIONAL

No lo sé a ciencia cierta pero me atrevo a imaginarlo: un Alfredo —al igual que muchos otros jóvenes como él— encuentra en su destino un barco tan inimaginado como ineludible, al que debe subir sin conocer siquiera el nombre de su puerto final.

Atrás deja la casa en manos ajenas —entonces enemigas— pero para llevarla con él, empaca junto con su mínimo equipaje, su imagen, el color de sus aromas y el sabor de sus soles y sus lluvias. Ah, sí, se lleva también la palabra que ama y un acento lleno de unas zetas, ces, doble eles y jotas que lo distinguirán de otros Alfredos, Carlos y Luises que lo esperan —sin saber— en la que será su nueva casa y en la que se habla esa misma lengua, aunque heredada con tintes más sureños.

No me consta pero puedo imaginarlo: en épocas de nostalgia, las palabras lo ayudarán a dar forma a sus recuerdos y lo harán recuperar lugares, personas, memorias y sueños. Con esa misma palabra, sus amigos poetas cantarán dolidos, tristes, esperanzados, rebeldes, reacios a la resignación, tranquilos, serenos, por fin resignados. Y la palabra mágica convertida en poema, cruzará el Atlántico como eco invertido: primero reverberación y luego voz. Y don Alfredo los lee y los invita a la ciudad, al igual que a los pintores, a los economistas, a los periodistas, a los maestros. A no pocos convencerá de que se queden aquí, de que se compartan —como él.

No lo sé a ciencia cierta pero me atrevo a imaginarlo: un Alfredo joven, —temerario y temeroso— recorriendo el barco (hogar transitorio) tratando de entender las cosas y abriendo el dolido corazón a la esperanza.

Por fin, un puerto en el que desembarca —umbral de la nueva casa— y otro en el que permanece un rato y abre —junto con seres cercanos a él— dos casas de palabras: una escuela que lleva —¿cómo no!— el nombre de Cervantes (otro soñador profesional como él) y la primera "Cosmos", novedad sofisticada en una ciudad en donde comprar libros no era un hábito común.

Luego Monterrey: industrial, seca, desértica, polvosa, conservadora, inculta y orgullosa de su incultura. Monterrey sin teatro propio, sin galerías, sin museos, sin revistas locales, casi sin poetas ni pintores. Monterrey luchadora y tenaz preocupada por ganar dinero y por no mucho más. Otra "Cosmos":

un poco librería y un mucho centro de reunión. Y un Alfredo que empieza a convertirse en el señor Gracia y termina por quedarse en don Alfredo, así sin apellido, pero no por falta de identidad sino por todo lo contrario.

Don Alfredo trayendo novedades y consiguiendo libros que no se conseguían; don Alfredo preguntando ¿qué buscas?, ¿qué lees?, ¿no has leído?; don Alfredo recomendando; don Alfredo dejando que le roben libros o que le firmen notas que sabe que no serán pagadas jamás; don Alfredo leyendo las obras de incipientes escritores y viendo los cuadros de pintores aprendices; don Alfredo escuchando incansablemente, siempre atento, siempre interesado, siempre intentando con sutileza ponernos al día de lo que hacían los otros aquí o en lugares lejanos. Don Alfredo coludiéndose con otros amigos, como él soñadores y maestros, para arar en el desierto y partir de cero cuantas veces fuese necesario hacerlo; don Alfredo listo para arriesgarse, entre los primeros, en un laberinto lleno de callejones sin salida y de giros inesperados, sin perder la fe en el ser humano; don Alfredo, afable y sonriente, señalando el camino con cuidado para hacerlo más sencillo a los demás.

Por eso no es difícil entender que, poco a poco, nos lo hayamos repartido entre todos nosotros y lo hayamos vuelto una especie de bien común al que traemos de arriba para abajo sin mucho respeto por su tiempo o su salud. Pero él tiene la culpa; nunca ha aprendido a decir que no.

Su antigua casa no la ha olvidado y cuando puede la visita. Las manos que la cuidan ahora ya no son enemigas y los amigos, el paisaje, la música y la comida lo ayudan a recuperar el sabor de la tierra en donde está una parte de sus raíces. El dolor no está olvidado pero sí archivado. Y la que fue su nueva casa y ahora es permanente, lo deja que vaya y venga, segura de que regresará y de que ella estará siempre ahí para aguardar su llegada y agradecerle que con paciencia, humildad y una generosidad sin límites, la haya hecho más acogedora, cálida y abierta a nuevas voces y a nuevos tiempos.

Si Monterrey empieza ya a tener una voz propia, si ya canta y pinta la belleza estremecedora de sus montañas, si ya piensa en bienes que no son necesariamente materiales, gran parte de esto se lo debe a don Alfredo y a su callada y constante tarea. Esto no tengo por qué imaginarlo. Lo sé a ciencia cierta.

ROSAURA BARAHONA

OBRAS DE ARTE EN EL COLEGIO CIVIL

Tengo a la vista una ilustración que muestra el edificio del Colegio Civil según era antes de que tuviera la función docente que se le asignó en 1857 y de la que no ha renunciado hasta la fecha. Era una construcción de un solo piso destinado a hospital. Su portada horizontal abarcó, del mismo modo que hoy sucede, todo el terreno; en su parte central, tres arcos de medio punto servían de entrada. Sobre este cuerpo el espacio se cerraba con una cubierta de dos aguas. Recorriendo el edificio de un extremo a otro, se apreciaban vanos equidistantes y una entrada en cada extremo. Toda la parte frontal, salvo el cuerpo central, era, como hemos dicho, de un solo piso.

En la actualidad, tras las remodelaciones efectuadas, los tres accesos anteriores se han reducido a uno, por el que se pasa al vestíbulo de lo que es el auditorio del Aula Magna. Un arco de medio punto comunica el vestíbulo con el auditorio. Al interior se le ha agregado un piso más para dar cabida a un grupo de salones de clase, servicios de biblioteca, administrativos, editoriales y departamentos varios. En el edificio funcionan dos escuelas preparatorias de la Universidad Autónoma de Nuevo León, una diurna y otra nocturna.

En el exterior se ha respetado el ritmo vano/macizo. Sobre los tres accesos: el central y los dos laterales están balcones con barandales de hierro forjado. En el centro, un sólo arco, pilastras adosadas, un óculo en cada extremo y sobria ornamentación.

Fue en la década de los treinta de nuestro siglo cuando se proyectó y ejecutó la remodelación.

Como resultado de la separación de la iglesia y el Estado, el gobernador de Nuevo León creó el Colegio Civil en 1857.

Esta institución abrió sus puertas a la enseñanza dos años después. Se cumplen, pues en este año, ciento veintisiete de su fundación y ciento veinticinco de su apertura como centro de enseñanza. La importancia del Colegio Civil en el desenvolvimiento de la cultura regiomontana es imposible de ponderar. La emoción que alienta en quienes pasaron por sus aulas adquiere tonos de leyenda. No hay duda: el Colegio Civil es el alma máter del alma máter, el núcleo cultural más vigoroso en la historia de Nuevo León. La espléndida Universidad Autónoma de Nuevo León, soberbia de edificios, pletórica de alumnos y maes-

tros, rica en equipos para enseñar y aprender, no es más que el Colegio Civil en expansión; el Colegio Civil a los ciento veintisiete años de vida en continuo crecimiento físico y afectivo. El Colegio Civil viene a ser una sombra tutelar con la que el pasado salvaguarda las más preciadas virtudes ciudadanas. Nacido con el laicismo, el espíritu del Colegio Civil se nos aparece como impregnado de cierta religiosidad. La filosofía del liberalismo dota a los hombres más distinguidos en la historia del Colegio Civil de una gallardía cívica combativa y creadora.

Los más encomiásticos calificativos, los más fervorosos juicios se han adherido a la historia del Colegio Civil. En cuanto fija la esencia de una situación, el Colegio Civil es un mito que reclama su alegoría.

La alegoría forzosamente tendrá que incluir el soplo que avive la llama de la verdad. Monterrey, gracias al Colegio Civil inicia en 1857 el camino hacia la gran ciudad universitaria de nuestros días.

De 1810 a 1910 México aparece en la Historia como un país, una nación con decidida vocación de Estado soberano. El pueblo mexicano lucha durante todo ese siglo por su real y absoluta independencia; algunas minorías que intentaron circunstancialmente llevar al país hacia posiciones dependientes más o menos encubiertas, fracasaron con estrépito. El heroísmo del mexicano aseguró la independencia **para siempre**. Se eliminaron extrañas injerencias sin escatimar el costo; paralelamente, los propios mexicanos lucharon entre sí por diferentes modelos de sociedad; las líneas generales del modelo triunfante, destinado a complacer la voluntad de la inmensa mayoría de los mexicanos, quedaron claramente determinadas, al final del período mencionado, es decir, a la victoria de la Revolución.

A esta especie de exordio o preámbulo sigue mi opinión de que existe una ajustada relación entre el arte y las ideologías. Todo arte responde a una ideología dada y toda ideología genera formas de arte que la proyectan. También es cierto que el arte es una necesidad social y que de algún modo se manifiesta entre los testimonios de la historia. Quizás como el más elocuente de ellos.

No en todas las épocas brilla el arte con igual fulgor; pero no se ha dado una época o una sociedad totalmente indiferente a las expresiones artísticas. Y es que, en todo tiempo y lugar se da un sentimiento colectivo que podríamos denominar voluntad de arte; este sentimiento colectivo existe independientemente de la debilidad cultural de los individuos y de la favorable o desfavorable disposición de los dirigentes. La voluntad de arte es resistente incluso a la inestabilidad política y lo que es más todavía, a la negligencia u hostilidad de éste o aquél equipo gobernante. Con todo, el arte necesita de todos para cumplir sus elevadas funciones.

La historia del arte mexicano registra tres períodos de universal valía y extraordinaria originalidad: son los que producen el arte prehispánico, el novohispano y el de la Revolución de 1910. En cuanto a la universalidad y originalidad del arte mexicano de hoy preferimos dejar el asunto pendiente de juicios, precisamente porque su contemporaneidad nos priva de la perspectiva necesaria para opinar. Este es un tema sobre el que me gustaría oír, más que decir. Observemos que el siglo XIX, mejor dicho, el siglo que va de 1810 a 1910 se encaja entre el fin de la era novohispana y el principio de la revolucionaria; por las particularidades que caracterizan la época, se debe afirmar que es el primer siglo de independencia política, pero no puede decirse que sea el primer siglo del arte independiente. Es un tiempo en que pese a la precariedad de la independencia política, a las invasiones extranjeras, a grotescos imperios, que solamente con minúscula se pueden mencionar, a nefastas dictaduras, estériles y crueles, México se yergue y avanza alternando en el camino de la libertad con grandes catástrofes y grandes realizaciones; superando con tesón y sacrificio inestabilidades y peligros de todo orden. Mal tiempo, definitivamente, para el cultivo del arte.

Ciñéndonos a Monterrey, vemos más claro todavía; además, para explicar el vacío estético que se crea, en Monterrey se acumula otro ingrediente: el demográfico, de evidente importancia. Monterrey tenía en 1857, cuando se crea el Colegio Civil un poco más de veinticinco mil habitantes. Y recuerdo que al llegar yo a esta ciudad en 1947, se anunciaba en las entradas: Monterrey: 330,000 habitantes. Hoy debemos andar próximos a los dos millones. También habría mucho que hablar acerca de la calidad de vida que aquellos azarosos tiempos ofrecían a los habitantes de nuestra ciudad. Nos asombrarían la firmeza de las estructuras sociales, la unidad moral creada por los siglos, el valor de sus habitantes y la grandeza con que proyectaban su futuro; no pidamos más a estas esforzadas gentes nuestras: su espíritu heroico incluía la voluntad de arte de que antes hablábamos; las obras generadas por esta voluntad llegarían poco a poco; todavía hoy no han alcanzado la densidad ni la calidad que Monterrey merece y necesita imperiosamente. La independencia política de un país no es completa si no va acompañada de la independencia artística. Un país sin arte propio es un país sin rostro. La identidad artística de México la dan los tres períodos antes enunciados, que son: el prehispánico, el novohispano y el revolucionario, caracterizados fundamental y respectivamente por mágicas deidades, atormentados delirios simbólicos y furias liberadoras. Hacia 1780 el arte de México dispone de recursos humanos y académicos suficientes, experiencia y obra bastante, originalidad y fuerza las necesarias, para definirse como un país de expresión propia, inconfundible, apta para la independencia; la pobreza material y las vicisitudes políticas podrán retardarla pero no impe-

dirla. En 1783 se crea la Academia de San Carlos, cuyos años, productivos influyen sobre muchas generaciones. Fue San Carlos centro de relaciones estilísticas y oportuna avanzada de educación artística. Es verdad que las autoridades del México independiente, a veces con criterio regresivo, otras de buena fe, contrataron para dirigir la Academia más o menos renombrados artistas extranjeros que casi siempre consideraron a México como provincia europea; pero también es cierto que México había tomado su propio camino. José Ma. Velasco, discípulo del italiano Eugenio Landesio, quizás pueda ser considerado como el padre de la independencia artística mexicana. Años más tarde, José Guadalupe Posada iniciará la necesaria revolución.

La historia del Colegio Civil documenta numerosas actividades culturales, buena parte de ellas pertenecientes al campo de las bellas artes. El Colegio Civil es la sede. Ahora bien: las manifestaciones artísticas que se originan en el propio Colegio son de este siglo y —concretamente— corresponden a la época inmediatamente posterior a la fundación de la Universidad de Nuevo León, en 1933. Muchas veces he venido a esta honorable casa y guardo recuerdos que proceden de la década de los cuarenta. En esta misma Aula Zertuche en que ahora estoy como conferenciante —el más humilde que haya ocupado su cátedra— he vivido momentos felices para la cultura regiomontana, en la inolvidable escuela de Verano del 46 al 56. En el Aula Magna oí la docta voz de Alfonso Reyes y la encendida palabra de Pedro Garfias. En los viejos salones de este auténtico palacio de nuestra cultura he disfrutado de importantes exposiciones pictóricas, una de ellas destinada a presentar a magníficos artistas regiomontanos, alumnos entonces de la pintora catalana Carmen Cortés; en un pasillo del primer piso admiré el verbo de Diego Rivera, genial y locuaz.

Sin embargo, insisto, parece que mi conferencia no debiera limitarse a estas evocaciones. Hay que ir, pues al grano y hablar del arte en el Colegio Civil.

Aparte del edificio en sí, sobre el que hemos hecho algunas consideraciones al principio, en este espacio se muestran, en tanto que manifestaciones artísticas dignas de tomarse en cuenta, el Aula Magna, el mural de Gerardo Cantú, unos acrílicos de Pablo Florez, algunas piezas de hierro forjado y un lote de muebles de madera tallada: cinco sillas y una solemne mesa que están en el vestíbulo del Aula. Un busto de Juárez en bronce... y creo que está completo el magro inventario.

Las cinco sillas dan la idea de ser las que restan de un número mayor. Una amable persona encargada de la entrada al Aula Magna me informa que tanto las sillas como la mesa sirvieron un día al Consejo Universitario y que el tallado de los respaldos comprendía alegorías de las Facultades y Escuelas. En ocasión de algún disturbio estudiantil, alguien me ha dicho que han sido sacadas a la plaza para comodidad de los huelguistas.

Pablo Florez, nuestro estimado artista local, hombre que desde hace muchos años está en la vanguardia pictórica nacional, diseñó y colocó varios acrílicos a colores, un nuevo procedimiento o técnica que sustituye al tradicional vitral: dos, en correspondientes rellanos de escaleras, buscando el juego del color mediante la luz exterior, y otros más pequeños propios para aberturas como ventanas; éstos, los pequeños permanecen íntegros y cuidados y engalanan los espacios que ocupa el Departamento Audiovisual. De los dos mayores, los que están en la escalera, uno lo vi desde abajo sumido y como abandonado y yo no me animé a subir (cosas del corazón), para apreciar el segundo.

El busto de Juárez tiene cierta calidad pero ¡lo hemos visto en tantas partes! que tiene el valor de una ilustración cívica. Creo que no hay duda de que está mal ubicado. Queda como asfixiado en un patio donde también sufren cinco arbolillos entre multitudes de muchachos estudiantes. Los barandales de hierro forjado son una buena muestra de la artesanía regiomontana, pero dan la impresión de un diseño seriado o industrial; esto no es precisamente un defecto ni mucho menos; lo que pasa es que el juicio crítico se desliga un poco de lo que constituye la peculiaridad del Colegio Civil.

En cuanto al Aula Magna: se terminó en la década de los treinta, en la época rectora del bien recordado Dr. Enrique C. Livas.

Me permito adelantar que el Aula Magna es un decoroso y amplio local apto para los fines a que fue destinado; tiene un valor inestimable en los actuales y futuros planes culturales de la Universidad. Hablé con un buen director de teatro recientemente y me aseguró que la acústica del salón de espectáculos es aceptable, y no merece los reproches que algunas veces se le han hecho. Su aspecto arquitectónico me recuerda el gótico catalán que se ve en Valencia, Palma de Mallorca o Barcelona. Y acude aquí una pregunta: ¿es legítimo usar un estilo que se desarrolló hace siglos en obras de hoy, para hoy? Personalmente tiendo a rechazar la idea, me inclino por la negativa; cada época tiene sus necesidades, su carácter y su estilo. Pero el caso es que uno se siente bien en el Aula Magna; su estilo es digno, sencillo y amable y no hay por qué alarmarse demasiado si recuerda al gótico catalán del siglo XVI o al neogótico europeo del XVIII y XIX. La licencia para usar estilos antiguos la dá el siglo XVIII. En este tiempo se hace el inventario del pasado; el dieciocho es un siglo recapitulador, catalogador y documentador. El XVIII decide, además, que la belleza, aspiración sublime del hombre, ya la alcanzaron los antiguos de Grecia y Roma y se renueva en el Renacimiento y el gótico. Con estos elementos, el XVIII ofrece un muestrario de estilos históricos a disposición del arquitecto del mismo XVIII, del XIX y aún del XX. América se puebla de columnas jónicas, y corintias, de cúpulas a la manera de Brunelleschi, o Miguel Angel, y de edificios civiles y religiosos, que rememoran el gótico. Aquí está la justificación de que

nuestra Aula Magna, cuya fachada exterior sugiere una discreta y sobria mexicanidad, adorne su vestíbulo de acceso a la sala de espectáculos o auditorio con un elegante arco de medio punto y construya y decore el interior con elementos del gótico. ¿Y, naturalmente, para un salón gótico, qué mejor que instalar unos vitrales? Los vitrales del Aula Magna tienen la calidad que imprimió a toda su obra el gran artista mexicano Roberto Montenegro y la perfección artesanal del renombrado taller de Torreón Casa Montaña, de mucha experiencia y capacidad. Los vitrales de Montenegro son alegorías de la revolución, de las ciencias y de las artes, del trabajo y de la agricultura; un figurativismo alegórico muy propio de la época y de la educación socialista que, en aquel entonces, era constitucional. Roberto Montenegro nació en 1885 y murió en 1968. El año próximo se cumplirán cien años de su nacimiento. Ojalá que la Universidad restaure estos hermosos vitrales y se celebre el primer centenario de Montenegro con una reinauguración de tan bella obra. Por cierto, en la Alvaro Obregón, como popularmente llamamos a la Escuela Alvaro Obregón, hay otra obra de Montenegro, del mismo género, que aún necesita de mayores cuidados y atención que los vitrales del Aula. Montenegro residió mucho tiempo en Europa; varios años en la isla de Mallorca, imprimieron a su personal estilo cierto aire mediterráneo; pero el maestro fue un gran mexicano, cultivó y exaltó las artes populares de este país y vivió intensamente ese gran momento en que el arte revolucionario de México alcanza la universalidad.

Otra importante obra de arte en el Colegio Civil es la titulada EL ORO NEGRO, acrílico mural sobre lona, valga la aparente contradicción, realizada por el extraordinario artista Gerardo Cantú Guzmán, de origen coahuilense, regiomontano de adopción, de hecho y derecho e hijo intelectual de esta casa de estudios. De EL ORO NEGRO he escrito una **guía para estudiantes** y a ella me permito remitir a mis oyentes, en obvio de tiempo. Fue publicada esta **guía** en el número 7, enero de 1984, en la revista **Renacimiento**, órgano informativo y cultural de la Escuela Preparatoria N° 1, de la U.A.N.L. Tengo la satisfacción de haber hablado bien de esta espléndida obra, excelente muestra de la pintura regiomontana, realizada además por un artista procedente de la enseñanza de las artes visuales de nuestra querida Universidad. El mural fue fijado en el muro de la entrada norte del edificio de la Preparatoria N° 1. Acepto que es un mural polémico en el que campea el humor expresivo y talento de su autor. Es un honor para las autoridades universitarias el haberlo incorporado al patrimonio de esta Casa de Estudios. Con ello dan una prueba de respeto a la libertad de expresión. El mural de Gerardo Cantú ha sido censurado por uno de los críticos locales y silenciado por los demás. Algún día se hablará fuerte de él, como una interesante aportación al ascenso de la pintura mexicana contemporánea. EL ORO NEGRO es un discurso contra las corrupciones de todo orden,

pintado al final de la euforia insensata provocada por los "veneros de petróleo" que el diablo nos dio.

Este mural está en perfecto estado de conservación. Falta sujetar el lienzo por la parte inferior. Se debiera efectuar una modificación en la puerta de entrada que forma ángulo con EL ORO NEGRO. Media puerta se abate sobre el mural al abrirse. Sobre que no se ve la pintura, se corre el riesgo de perjudicarla.

Como final de mi intervención de esta mañana deseo referirme a un asunto que me parece de interés en relación al uso de este edificio del Colegio Civil. En mi opinión, no sirve para el uso a que actualmente se le destina. Creo que no hay necesidad de aportar pruebas ni modelos de locales para escuelas preparatorias. Ya en el siglo XIII, el Rey Sabio, en el Código de las Partidas dice que el lugar donde se establezca el estudio debe ser "de buen aire y de hermosas salidas", "porque los maestros que muestran los saberes e los escolares que los aprenden vivan sanos"...

El elástico músculo de nuestros jóvenes necesita otro ambiente que el que les ofrecen estos ilustres pasillos y patios.

Nuestra ciudad, por otra parte, ha sido lanzada irreversiblemente hacia cambios fisonómicos que van a influir en la vida de sus habitantes. Creo que el edificio del Colegio Civil, la plaza contigua y el gran patio de la parte posterior debieran pasar a ser una Unidad Cultural de la UANL, en el centro de la ciudad, una ciudad que se está renovando continua y decisivamente. Aquí podría establecerse un museo, el museo universitario, una biblioteca especializada, por ejemplo, una biblioteca de artes, incluido el arte dramático, una galería para exponer la obra pictórica de nuestros artistas; algún taller de estampas (grabado, litografía, serigrafía) y además, sería el Colegio Civil un lugar ideal para relanzar una Escuela de Verano que extendiera hacia el pueblo de Monterrey la grandeza de la Universidad y la multiplicación de sus actividades en el teatro, el cine, la música, la danza, el folklore, la ciencia, la técnica, el pensamiento, la poesía, etc.

El Colegio Civil, mediante el entusiasmo, la alegría de crear y un poco de cemento y cal, reverdecería sus viejas glorias en este territorio sagrado de la cultura de Nuevo León.

1984